

Julio Verne



Selección de cuentos

Julio Verne

Jules Gabriel Verne nació el 8 de febrero de 1828 en Nantes, Francia. Escritor catalogado como uno de los máximos representantes de la Literatura Universal del siglo XIX y XX. Reconocido como el Padre de la Ciencia Ficción.

En 1849 culmina sus estudios de Derecho en París. Por ese tiempo se dedica a escribir teatro. A pesar de la insistencia de su padre en querer que su joven hijo ejerciera su profesión, éste hace caso omiso a los consejos de su padre y se dedica tiempo completo a obtener conocimientos sobre geología, ingeniería y astronomía, conocimientos que le servirían para la creación de sus fascinantes aventuras y para predecir con asombrosa exactitud muchos de los logros científicos del siglo XX.

Sus obras, de narrativa, principalmente, narran cuestiones futuristas, como los viajes a lugares inimaginables e imposibles para su época, como la idea de poder realizar un viaje a la Luna, un viaje a las profundidades del mar, o de penetrar en los abismos del centro de la Tierra. En 1869 publica su novela *Cinco semanas en Globo*. Luego le siguieron otras novelas representativas, como: *Viaje al centro de la tierra* (1864), *De la tierra a la luna* (1865) y *20,000 Leguas de viaje submarino* (1870).

Finalmente, fallece el 24 de marzo de 1905 en la ciudad de Amiens, Francia, a los 77 años de edad.

JULIO VERNE

SELECCIÓN DE CUENTOS



Selección de cuentos
Julio Verne

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Kelly Patricia Mauricio Camacho
Coordinadora de la Subgerencia de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Selección de textos: Manuel Alexander Suyo Martínez
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez, Claudia Daniela Bustamante Bustamante, Katherine Lourdes Ortega Chuquihura, Yesabeth Kelina Muriel Guerrero y María Grecia Rivera Carmona
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría, Marlon Renán Cruz Orozco, Ambar Lizbeth Sánchez García, John Martínez Gonzáles.
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por: Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300 - Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de interacción social y desarrollo personal; y la cultura

de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección “Lima Lee”, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa “Lima Lee” de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

En el siglo XXIX, un día de un periodista norteamericano en el año 2889

Los hombres de este siglo XXIX viven en medio de una hechicería continua, sin parecer darse cuenta de ello; abrumados de maravillas, permanecen fríos e indiferentes ante las que el progreso les aporta cada día; todo les parece natural; si la comparasen con el pasado, apreciarían mejor nuestra civilización y se darían cuenta del camino recorrido. ¡Cuánto más admirables les parecerían nuestras ciudades modernas, con calles de cien metros de anchas, con casas de trescientos metros de altura, con la temperatura siempre igual y surcado el cielo por millares de aerocochesy aerómnibus!

Al lado de estas ciudades cuya población llega a veces a diez millones de habitantes, qué eran aquellos villorios, aquellas aldeas de hace mil años, aquellos París, aquellos Londres, aquellos Berlín, aquellos Nueva York, poblaciones malaireadas y sucias, por las que circulaban cajas saltonas arrastradas por caballos, sí caballos; casi parece imposible creerlo!- Si se representasen el defectuoso funcionamiento de los paquebots y los caminos de hierro, sus frecuentes colisiones y, al propio tiempo, su lentitud, ¡qué valor no concederían los viajeros a los aerotrenes, y sobre todo, a esos tubos neumáticos arrojados a través de los océanos, y en los cuales se les transporta con una velocidad de

mil quinientos kilómetros por hora! ¿No segozaría, finalmente, más del teléfono y del teléfoto diciéndose que nuestros padres se veían reducidos a aquel aparato antediluviano que llamaban ellos el telégrafo?¡Cosa extraña! Estas sorprendentes transformaciones reposan sobre principios perfectamente conocidos de nuestros abuelos, quienes, por decirlo así, no sacaban de ellos ningún partido; en efecto: el calor, el vapor, la electricidad, son tan viejos como el hombre; ¿no afirmaban ya los sabios a fines del siglo XIX que la única diferencia entre las fuerzas físicas y químicas reside en un modo de vibración propio a cada una de las partículas etéricas? Toda vez que se había dado ese paso enorme de reconocer el parentesco de todas esas fuerzas, es verdaderamente inconcebible que haya sido menester tanto tiempo para llegar a determinar cada uno de los modos de vibración que las diferencian; es extraordinario, sobre todo, que el medio de pasar directamente de una a otra y de producir las unas sin las otras, haya sido descubierto tan recientemente.

Así, sin embargo, es como han pasado las cosas; y tan sólo en 2790, hace cien años, fue cuando el célebre Oswald Nyer llegó a ello.

¡Un verdadero bienhechor de la Humanidad fue este grande hombre! Su invento genial fue el padre de todos

los demás; una pléyade de inventores brotó de ahí hasta llegar a nuestro extraordinario james Jackson.

A este último es a quien debemos los nuevos acumuladores, que condensan, los unos, la fuerza contenida en los rayos solares; los otros, la electricidad almacenada en el seno de nuestro globo, y aquéllos, en fin, la energía procedente de una fuente cualquiera, saltos de agua, vientos, arroyos y ríos, etc. De él nos viene, igualmente, el transformador que, obedeciendo a la orden de una sencilla manivela, toma la fuerza viva en los acumuladores y la devuelve al espacio bajo forma de calor, de luz, de electricidad, de potencia mecánica, después de haber obtenido el trabajo deseado.

Sí, el día en que fueron imaginados esos dos instrumentos es de cuando data verdaderamente el progreso; ellos han dado al hombre una potencia casi infinita: sus aplicaciones no pueden ya contarse.

Al atenuar los rigores del invierno por la restitución del sobrante de los calores estivales, han revolucionado la agricultura; suministrando la fuerza motriz a los aparatos de navegación aérea, han permitido al comercio tomar un soberbio impulso; a ellos se debe la producción incesante de electricidad sin pilas ni máquinas, la luz sin combustión ni incandescencia, y, en fin, esa inagotable

fuente de energía que ha venido a centuplicar la producción industrial.

Pues bien, el conjunto de esas maravillas vamos a encontrarle en un hotel incomparable -el hotel del *Earth Herald*- recientemente inaugurado en la 16.828 avenida.

Si el fundador del *New York Herald*, Gordon Benett, volviese a nacer hoy, ¿qué diría al ver ese palacio de mármol y de oro, que pertenece a su ilustre nieto Francis Benett? Treinta generaciones se han sucedido, y el *New York Herald* se ha conservado en esta familia de los Benett; hace doscientos años, cuando el Gobierno de la Unión fuetrasladado de Washington a Centrópolis, el diario siguió al Gobierno -a menos que no fuera el Gobierno quien siguiese al diario-, y tomó por título *Earth Herald*.

Y no se crea que haya peligrado bajo la administración de Francis Benett, no; su nuevo director iba, por el contrario, a darle una potencia y una vitalidad sin iguales,inaugurando el periodismo telefónico.

Conocíase este sistema, hecho práctico por la increíble difusión del teléfono; todas las mañanas, en vez de ser impreso, como en los tiempos antiguos, el *Earth Herald* es hablado; en una rápida conversación con un reporter, con un hombre político o con un sabio, es

como los abonados se enteran de lo que les interesa o puede interesarles; en cuanto a los compradores de números sueltos, se sabe que, por algunos céntimos, conocen el ejemplar del día en innumerables gabinetes fonográficos.

Esta innovación de Francis Benett galvanizó el viejo periódico; en pocos meses su clientela se elevó a ochenta y cinco millones de abonados, y la fortuna del director se elevó también, progresivamente, hasta treinta mil millones, rebasados con mucho en la actualidad; gracias a esta fortuna, Francis Benett ha podido construir su nuevo hotel, colosal edificio de cuatro fachadas, que mide cada una tres kilómetros, y cuyo techo se cobijó bajo la bandera setenta y cinco veces estrellada de la Confederación.

A estas horas, Francis Benett, rey de los periodistas, sería el rey de las dos Américas, si los americanos pudiesen alguna vez aceptar un soberano cualquiera. ¿Lo dudáis?... Pues sabe que los plenipotenciarios de todas las naciones, y nuestros mismos Ministros, se atropellan a su puerta, mendigando sus consejos, solicitando su aprobación, implorando el apoyo de su omnipotente órgano. ¡Contad los sabios aquienes alienta, los artistas que mantiene, los inventores que suvenciona!

Fatigosa realeza la suya, trabajo sin descanso, y a buen seguro que un hombre deotros tiempos no habría podido resistir a semejante labor cotidiana; por fortuna, los hombres de hoy son de constitución más robusta, merced a los progresos de la higiene y de la gimnástica, que de treinta y siete años han hecho subir el término medio de la vida humana a sesenta y ocho, merced asimismo a la preparación de los alimentos asépticos, en espera del próximo descubrimiento del aire nutritivo, que permitirá el alimentarse... sin más que respirar.

Y ahora, si os place conocer todo lo que lleva consigo la jornada de un director del *Earth Herald*, tomaos la molestia de seguirle en sus múltiples ocupaciones, hoy mismo, el 25 de julio del presente año de 2889.

Francis Benett despertó esta mañana de bastante mal humor; ocho días hace que sumujer está en Francia, y se encuentra un poco solo. ¿Se creerá? En los diez años que llevan de casados, es esta la primera vez que Mrs. Edith Benett, la profesional beauty, se ausenta por tanto tiempo; de ordinario, dos o tres días les bastan para sus frecuentes viajes a Europa, y más particularmente a París donde va a comprar sus sombreros.

En cuanto despertó Francis Benett hizo funcionar su fonoteléfoto, cuyos hilos llegan hasta el hotel que posee

en los Campos Elíseos.

El teléfono completado por el teléfono; ¡otra nueva conquista de nuestra época! Sila transmisión de la palabra por medio de las corrientes eléctricas es ya muy antigua, es sólo de ayer el poder transmitir asimismo la imagen; magnífico descubrimiento, acuyo inventor no fue, seguramente, el último en bendecir Francis Benett cuando vio asu mujer reproducida en un espejo telefótico, a pesar de la enorme distancia que de ella le separaba.

¡Encantadora visión! Un poco fatigada del baile o del teatro de la víspera, Mrs.Benett se halla todavía en cama; aun cuando en París sea cerca del mediodía, sigue durmiendo, apoyada en la almohada su hermosa cabeza.

Mas he aquí que se agita... Sus labios tiemblan... ¿Soñará por ventura?... Un nombre se escapa de su boca: "¡Francis...! ¡Mi querido Francis!"

Su nombre, pronunciado por aquella dulce voz, ha mejorado un tanto el humor de Francis Benett; no queriendo despertar a la linda durmiente, salta con rapidez fuera del lecho y penetra en su vestidor mecánico.

Dos minutos después, sin haber tenido que recurrir a la ayuda de un criado, lamáquina le depositaba lavado,

afeitado, calzado, vestido y abotonado de arriba abajo, en el umbral de sus oficinas. La labor cotidiana iba a comenzar.

Donde primeramente penetró Francis Benett fue en la sala de los novelistas folletinistas. Esta sala, muy amplia, se halla cubierta por una cúpula translúcida; en un extremo, diversos aparatos telefónicos, por medio de los cuales, los cien literatos del *Earth Herald* relatan cien capítulos de cien novelas al público aficionado.

Avisando a uno de los folletinistas que tomase cinco minutos de reposo:

–Muy bien, querido -le dijo Francis Benett-; muy bien su último capítulo; la escena en que la joven aldeana aborda con su galán algunos problemas de filosofía trascendental, es de una muy fina observación. ¡Nunca han sido mejor pintadas las costumbres campestres! ¡Continúe y ánimo, mi querido Archibald! ¡Diez milabonados nuevos desde ayer, y gracias a usted!

–Mr. John Last -prosiguió, volviéndose hacia otro de sus colaboradores-, ¡estoy menos satisfecho de usted! ¡No es una novela vívida la suya! Corre usted demasiado de prisa al final; pues ¿y los procedimientos documentarlos? ¡No es con una pluma con lo que se escribe en nuestros tiempos, es con un bisturí! Cada acción, en la vida real,

es la resultante de pensamientos fugitivos y sucesivos, que es preciso especificar con sumo cuidado para crear un ser vivo; y ¡qué cosa más fácil, valiéndose del hipnotismo eléctrico, que desdobla al hombre y se para sus dos personalidades! ¡Observe la vida, mi querido John Last! Imite usted a su colega, a quien felicitaba hace un momento; hágase hipnotizador... ¿Eh?... ¿Dice usted que ya lo hace?... ¡Pues entonces no es lo bastante, no es lo bastante!

Dada esta leccioncita, Francis Benett prosigue su inspección, y penetra en la sala de los reporteros. Sus mil quinientos reporters, colocados ante un igual número de teléfonos, comunicaban entonces a los suscriptores las noticias recibidas durante la noche de los cuatro puntos cardinales; la organización de este incomparable servicio ha sido muchas veces descrita. Además de su teléfono, cada reporter tiene ante sí una serie de conmutadores, que le permiten establecer la comunicación con tal o cual línea telefónica; tienen, pues los abonados, no solamente el relato, sino la vista de los sucesos; cuando se trata de un suceso pasado ya, en el momento de relatarlo se transmiten sus fases principales, obtenidas por medio de la fotografía intensiva.

Francis Benett interpela a uno de los diez reporters astronómicos, servicio éste que se aumentará con los recientes descubrimientos en el mundo estelar.

–Y bien, Cash, ¿qué ha recibido usted?

–Fototelegramas de Mercurio, de Venus y de Marte, señor.

–¿Interesante este último?...

–Sí; una revolución en el Imperio Central, en beneficio de los reaccionarios liberales contra los republicanos conservadores.

–¡Como entre nosotros, entonces!... ¿Y de Júpiter?...

–¡Nada aún!... No conseguimos comprender las señales de los jovianos... ¿No lesllegarán las nuestras? ...

–¡Eso le corresponde a usted y yo le hago responsable de ello, señor Cash! –respondió Francis Benett, que, muy descontento, se dirigió a la sala de redacción científica.

Inclinados sobre sus contadores, treinta sabios se absorbían en ecuaciones del grado noventa y cinco; hasta algunos de ellos se debatían en medio de fórmulas del infinito algebraico, y del espacio de veinticuatro dimensiones, como un chico de laescuela con las cuatro reglas de la aritmética.

Francis Benett cayó entre ellos a la manera de una bomba.

–Y bien, señores, ¿qué me dicen? ¿Ninguna respuesta de Júpiter? ... ¡Siempre va aser lo mismo! ... Vamos, Corley, después de veinte años que usted huronea en ese planeta, me parece...

–¡Qué quiere usted, caballero! -respondió el sabio interpelado-. Nuestra óptica deja aún mucho que desear, y hasta con nuestros telescopios de tres kilómetros...

–¿Oye usted, Peer?– interrumpe Francis Benett dirigiéndose al vecino de Corley-.¡La óptica deja que desear! Esa es su especialidad, querido. ¡Meta lentes, qué diablos, meta lentes!

Luego, volviéndose a Corley.

–Pero, a falta de Júpiter, ¿obtenemos al menos algún resultado del lado de la Luna?

–Tampoco, señor Benett, tampoco.

–¡Ah! ¡Esta vez no acusará usted a la óptica! La Luna está seiscientas veces menos alejada que Marte, con el cual, sin embargo, nuestro servicio de correspondencia se halla establecido con toda regularidad... ¡No son los

telescopios los que faltan!

–¡No, pero son los habitantes!– respondió Corley con una fina sonrisilla de sabio loco del siglo XX.

–¿Se atreve usted a afirmar que la Luna está deshabitada?

–Al menos, señor Benett, en la cara que ella nos presenta; ¿quién sabe si del otro lado...?

–Pues bien, Corley: hay un medio muy sencillo de asegurarse de ello…

–¿Y cuál? ...

–El de dar la vuelta a la Luna.

Y ese día, los sabios de la fábrica Benett investigaron los medios mecánicos quedebían producir la vuelta de nuestro satélite.

Por lo demás, Francis Benett tenía motivos para hallarse satisfecho; uno de los astrónomos del *Earth Herald* acababa de determinar los elementos del nuevo planeta Gandini.

A doce trillones, ochocientos cuarenta y un billones, trescientos cuarenta y ocho millones, doscientos ochenta y cuatro mil seiscientos veintitrés metros y siete decímetros, es como este planeta describe su órbita en torno del sol, en quinientos setenta y dos años, ciento noventa y cuatro días, doce horas, cuarenta y tres minutos,nueve segundos y ocho décimas de segundo.

Francis Benett quedó encantado ante esta precisión.

–¡Muy bien! –exclamó–. Apresúrese a informar al servicio de reporteros; ya sabe usted con cuánta pasión sigue el público esas cuestiones astronómicas; deseo que la noticia aparezca en el número de hoy.

Antes de dejar la sala de reporters, Francis Benett se dirigió hacia el grupo especial de los interviewadores, interpelando al que estaba encargado de los personajes célebres.

–¿Ha interviewado usted al presidente Wilcox? -preguntó.

–Sí, señor Benett, y en la columna de las informaciones público que, decididamente, de lo que padece es de una dilatación del estómago, y que se entrega alos lavados túbicos más concienzudos.

–Bien ¿y el asunto del asesino Chapmann?... ¿Ha interviewado usted a los jurados que deben formar el Tribunal?

–Sí, y todos se hallan de acuerdo sobre la culpabilidad, de tal suerte que el asunto no será siquiera enviado ante ellos; el acusado será ejecutado antes de ser condenado.

–¡Perfectamente!... ¡Perfectamente!

La sala adyacente, vasta galería de medio kilómetro de largo, estaba consagrada ala publicidad; y fácil es de imaginar lo que es la publicidad de un diario como el *EarthHerald*; produce, por término medio, tres millones de dólares; merced, por lo demás, aun ingenioso sistema, una parte de esta publicidad se propaga bajo una forma absolutamente nueva, debida a un privilegio de invención comprado por tres dólares a un pobre diablo que se murió de hambre.

Consiste en inmensos carteles reflejados por las nubes, y cuya dimensión es tal, que pueden ser vistos desde toda una región. En aquella galería, mil proyectores estaban, sin cesar, ocupados en enviar a las nubes, que los reproducían en color, esos anuncios verdaderamente desmesurados.

Pero este día, cuando Francis Benett entró en la sala de publicidad, vio que los mecánicos estaban cruzados de brazos al lado de sus proyectores inactivos; se informa... Por toda respuesta se le muestra el cielo, de un azul purísimo.

–Sí... hermoso tiempo -murmuró-. Y ninguna publicidad aérea posible... ¿Qué hacer? Si no se tratase más que de lluvia, podría producirse; pero no es lluvia, son nubes lo que nos hace falta...

–Sí, hermosas nubes, bien blancas -respondió el mecánico jefe.

–Pues bien, señor Samuel Mark, se dirigirá usted a la redacción científica, servicio metereológico, y le dirá de mi parte que se ocupe activamente en la cuestión de las nubes artificiales; ¡no se puede, realmente, estar así, a merced del buen tiempo!

Después de haber dado fin a la inspección de las diversas ramas del periódico, Francis Benett pasó al salón de recepción, donde le aguardaban los embajadores y ministros plenipotenciarios acreditados cerca del Gobierno americano, y que iban en busca de los consejos del omnipotente director.

En el momento de penetrar Francis Benett en el salón, se discutía con bastante animación y vivacidad.

–Perdóneme vuestra excelencia –decía el Embajador de Francia al Embajador de Rusia-, pero no veo que haya nada que cambiar en el mapa de Europa; ¡el Norte para los eslavos, sea; pero el Mediodía para los latinos! ¡Nuestra común frontera del Rhinme parece excelente! Por lo demás, sépalo, mi gobierno resistirá a cualquier empresa que se intente contra nuestras prefecturas de Roma, de Madrid y de Viena.

–¡Bien dicho! –dijo Francis Benett interviniendo en el debate-. ¿Cómo, señor Embajador de Rusia, no está usted satisfecho de su vasto Imperio, que desde las orillas del Rhin se extiende hasta las fronteras de la China; un Imperio cuyo inmenso litoral bañan el Océano Glacial Ártico, el Atlántico, el Mar Negro, el Bósforo, el Océano Índico? Y luego, ¿a qué esas amenazas? ¿Es posible la guerra con los inventos modernos, esos obuses asfixiantes, que se envían a distancias de cien kilómetros, esas chispas eléctricas, de veinte leguas de largas, que pueden de un solo golpe, reducir a la nada a todo un cuerpo de ejército, y esos proyectiles que se cargan con los microbios de la peste, del cólera, de la fiebre amarilla, y que destruirían una nación entera en pocas horas?

–Ya lo sabemos, señor Benett –respondió el Embajador de Rusia–, pero no siempre puede hacerse lo que se quiere... Empujados nosotros mismos por los chinos sobre nuestra frontera oriental, necesitamos, cueste lo que cueste, intentar algún esfuerzo hacia el Oeste...

–¿No es más que eso, señor? –repuso Francis Benett en tono protector–. Pues bien: ya que la prolificidad china constituye un peligro para el mundo, pasaremos sobre el Hijo del Cielo; será menester que imponga a sus súbditos un máximo de natalidad, que no puedan rebasar bajo pena de muerte. ¿Que hay un niño más?... ¡Pues un padre de menos! Así se compensará... ¿Y usted, caballero -dijo el director del *Earth Herald*, dirigiéndose al cónsul de Inglaterra-, ¿qué puedo hacer en su servicio?

–Mucho, señor Benett –respondió aquel personaje–. Bastaría con que su periódico quiera emprender una campaña en nuestro favor...

–¿Y a propósito de qué?...

–Sencillamente, para protestar contra la anexión de Gran Bretaña a los Estados Unidos.

–¡Así, sencillamente! –exclamó Francis Benett, encogiéndose de hombros–. ¡Una anexión que tiene ya ciento cincuenta años!... Pero ¿no se resignarán nunca los señores ingleses a que, por un justo retorno de las cosas de aquí abajo, su país se haya convertido en colonia americana? ¡Eso es una locura! ¿Cómo ha podido creer sugobierno que iba yo a emprender esta antipatriótica campaña?

–Señor Benett la doctrina de Monroe es que la América es para los americanos, pero nada más que la América y no…

–Pero Inglaterra no es más que una de nuestras colonias, caballero, una de las más hermosas. No cuenten ustedes con que consintamos nunca en devolverla.

–¿Rehúsa usted?

–Rehúso, y si insiste, haremos nacer un casus belli nada más que sobre la *interview* de uno de nuestros reporters.

–¡Esto es, pues, el acabóse! –murmuró el cónsul inglés aplanado–. El Reino Unido, el Canadá y la Nueva Bretaña son de los americanos; las Indias son de los rusos; Australia y Nueva Zelandia son de sí mismas... De todo lo que en otro tiempo fue Inglaterra, ¿qué nos queda? ¡Nada ya!

–¿Cómo nada? –replicó Francis Benett–. ¿Y Gibraltar?

Las doce daban en aquel instante.

El director de *Earth Herald,* dando fin a la ausencia con un gesto, dejó el salón, sesentó en un sillón móvil y llegó en pocos minutos a su comedor, situado a un kilómetro de allí, en la extremidad del hotel.

La mesa está preparada y Francis Benett toma asiento ante ella. Al alcance de sumano se hallan dispuestas una serie de espitas, y ante él se encuentra la luna de un fonoteléfoto, sobre la cual aparece el comedor de su hotel de París.

A pesar de la diferencia de horas, Mr. y Mrs. Benett se han puesto de acuerdo para almorzar al mismo tiempo; nada tan hermoso como encontrarse así, frente a frente, a pesar de la distancia, verse y hablarse por medio de los aparatos fonotelefóticos.

Pero en este momento la habitación de París está vacía.

–¡Se habrá retrasado Edith! –díjose Francis Benett–. ¡Oh, la exactitud de las mujeres! Todo progresa excepto eso...

Y haciendo esta justísima reflexión, dio la vuelta a una de las espitas.

Como todas las personas de su posición, en esta época, Francis Benett, renunciando a la cocina doméstica, es uno de los abonados de la gran “Sociedad de alimentación a domicilio”. Esta sociedad distribuye, por medio de una red de tubos neumáticos, manjares de mil clases; el sistema, indudablemente, es costoso, pero la cocina es mejor, y tiene además la ventaja de que suprime la raza horripilante de los cocineros de ambos sexos.

Francis Benett almorzó, por consiguiente, solo, no sin algún pesar; estaba terminando de tomar el café, cuando Mrs. Benett, entrando en su casa, apareció en la luna del teléfoto.

–¿De dónde vienes, mi querida Edith? –preguntó Francis Benett.

–¡Cómo! –respondió Mrs. Benett–. ¿Ya has acabado?... ¿Me he retrasado entonces?... ¿Qué de dónde vengo?.... Pues de casa de mi modista... ¡Hay este año sombreros maravillosos! En realidad, más bien que sombreros son cúpulas... ¡Y me habré distraído un poco!

–Un poco, sí, querida... Tanto que ya ves, he terminado mi almuerzo...

–Pues bien: vete, amigo mío, ve a tus ocupaciones –respondió Mrs. Benett–. Tengo todavía que hacer una visita a mi costurero-modelador.

Y ese costurero era nada menos que el célebre Wormspire, aquel que tan juiciosamente ha dicho: “La mujer no es más que una cuestión de formas”.

Francis Benett besó la mejilla de Mrs. Benett, en la luna del teléfono, y se dirigió hacia la ventana, donde le aguardaba su aerocoche.

–¿Dónde va, señor? –preguntó el a*erocoachman*.

–Veamos... Tengo tiempo -respondió Francis Benett-. Llévame a mis fábricas de acumuladores del Niágara.

El aerocoche, máquina admirable, fundada sobre el principio de más pesado que el aire, se lanzó a través del espacio, a razón de seiscientos kilómetros por hora.

Bajo él desfilaban las ciudades, con sus aceras movibles, que transportan a los transeúntes a lo largo de las calles, y los campos recubiertos como de una tela de araña, con la red de hilos eléctricos.

En media hora llegó Francis Benett a su fábrica del Niágara, en la cual, después de haber utilizado la fuerza de las cataratas para producir la energía, la vende, o la alquila, a los consumidores.

Luego, una vez terminada su visita, regresó por Filadelfia, Boston y NuevaYork a Centrópolis, donde su aerocoche le dejó a las cinco.

Había una verdadera muchedumbre en la sala de espera del *Earth Herald,*esperando el regreso de Francis Benett para la audiencia diaria que concede a los solicitantes. Eran éstos inventores en busca de capitales y agentes de negocios, proponiendo operaciones excelentes todas, a juicio suyo; entre esas diversas proposiciones hay que hacer una selección, rechazando las malas, sometiendo a examen las dudosas y acogiendo las buenas.

Francis Benett despidió rápidamente a todos aquellos que no aportaban más que ideas inútiles o impracticables.

¿No tenía el uno la pretensión de hacer revivir la pintura, ese arte caído en tal desuso, que el Angelus de Millet acababa de ser vendido en quince francos; debido esto a los progresos de la fotografía en colores, inventada a fines del siglo XX por el japonés Aruziswa-Riochi-Nichome-Samjukamboz-Kio-Basg-ki-Kú, cuyo

nombre ha llegado a ser tan fácilmente popular? ¿No afirmaba el otro haber encontrado el bacilo biógeno, que debía hacer al hombre inmortal, después de introducido en el organismo humano? ¿No acababa éste, un químico, de descubrir un cuerpo nuevo, el Nihilium, cuyo gramo no costaba más que tres millones de dólares? ¿No tenía el otro, un audaz médico, la pretensión de poseer un específico contra el reuma del cerebro? Todos estos soñadores fueron prontamente despachados.

Algunos otros recibieron mejor acogida, y primeramente un joven, cuya frente, amplia y despejada, revelaba viva inteligencia.

–Caballero –dijo– si en otro tiempo se contaban setenta y cinco cuerpos simples, ese número se ha reducido hoy, como usted sabe, a tres.

–Perfectamente –respondió Francis Benett.

–Pues bien, caballero: yo estoy a punto de reducir esos tres a uno solo; si no mefalta el dinero, dentro de algunas semanas lo habré conseguido.

–¿Y entonces?...

–Entonces, señor mío, habré sencillamente determinado el absoluto.

–¿Y la consecuencia de ese descubrimiento? Instrumentos que registran las oscilaciones y trepidaciones del suelo.

–Excelente... ¿Y el apetito? –¡Hum!

–Sí, el estómago... ¡No marcha bien el estómago! ¡Envejece el estómago! Decididamente, va a ser preciso ponerle uno nuevo.

–Ya veremos –respondió Francis Benett–, entretanto, doctor, va usted a comer conmigo.

Durante la comida se estableció la comunicación fonotelefótica con París; esta vez, Mrs. Benett estaba ante su mesa, y la comida estuvo salpicada con las agudezas del Dr. Sam; fue encantadora.

Luego, una vez terminada:

–¿Cuándo piensas volver a Centrópolis, mi querida Edith? –preguntó FrancisBenett.

–Voy a partir al instante.

–¿Por el tubo, o por el tren aéreo?

–Por el tubo.

–¿Cuándo estarás aquí?

–A las once y cincuenta y nueve de la noche.

–¿Hora de París?

–No, no; hora de Centrópolis.

–Hasta luego, pues y, sobre todo, no pierdas el tubo.

Estos tubos submarinos, por los que se viene de Europa en doscientos noventa y cinco minutos son, en efecto, infinitamente preferibles a los trenes aéreos, que no andan sino mil kilómetros por hora.

Habiéndose retirado el doctor, después de haber prometido volver para asistir a la resurrección de su colega Nathaniel Faithburn, Francis Benett, queriendo despachar sus cuentas del día, pasó a su gabinete.

Operación verdaderamente enorme, cuando se trata de una empresa cuyos gastos diarios se elevan a ochocientos mil dólares; por fortuna, los progresos de la mecánica moderna facilitan, de manera singular, esta clase de trabajo; con la ayuda del pianocontador-eléctrico, pronto dejó Francis Benett terminada su tarea.

Era tiempo; apenas había golpeado la última tecla del aparato totalizador, cuando su presencia era reclamada en el salón de la experiencia. Dirigióse allí en seguida, siendo acogido por un numeroso cortejo de sabios, a los que se había unido el Dr.Sam.

El cuerpo de Nathaniel Faithburn estaba allí, en su caja, colocada en medio de lasala.

Funciona el teléfoto; el mundo entero va a poder seguir las diversas fases de laoperación.

Se abre el féretro... Sácase de él a Nathaniel Faithburn... Sigue hecho una momia, amarillo, duro, seco; resuena como una tabla... Se le somete al calor... A la electricidad... Ningún resultado... Se le hipnotiza... Se le sugestiona... Nada es capaz de sacarle de aquel estado ultra cataléptico…

–¿Y bien, doctor Sam?... –pregunta Francis Benett.

El doctor se inclina sobre el cuerpo, y le examina con la más viva atención.

Introdúcele, por medio de una inyección hipodérmica, unas cuantas gotas del famoso elixir Brown-Séquard, que está todavía de moda... La momia sigue tan momificada como antes.

–Pues bien -responde el Dr. Sam-, creo que la hibernación ha sido demasiado prolongada...

–¡Ah, ah! ...

–Y que Nathaniel Faithburn está muerto.

–¿Muerto?

–Tan muerto como se puede estar...

–¿Y desde cuándo?

–¿Desde cuándo? –responde el doctor Sam–. Pues... desde hace cien años; es decir, desde que tuvo la desdichada idea de hacerse congelar por amor de la ciencia.

–Entonces –dijo Francis Benett–, se trata de un método que necesita ser perfeccionado.

–Perfeccionado, esa es la palabra –dijo el Dr. Sam, en tanto que la comisión científica de invernación se llevaba su fúnebre fardo.

Francis Benett, seguido por el Dr. Sam, se volvió a su habitación, y como parecía hallarse muy fatigado, tras

una jornada tan bien empleada, el doctor le aconsejó tomase un baño antes de acostarse.

–Tiene, usted razón, doctor; eso me entonará. –Entonces, señor Benett, si usted quiere, mandaré que lo preparen al salir.

–Es inútil, doctor; siempre hay un baño preparado en el hotel, y ni siquiera tengo que tomarme la molestia de salir de mi habitación; sin más que oprimir este botoncito, la bañera va a ponerse en movimiento, y usted la verá presentarse sola, con el agua a la temperatura de treinta y siete grados.

Francis Benett acababa de apretar el botón; percíbese un ruido sordo, que va en aumento... En seguida, se abre una de las puertas y aparece la bañera, deslizándose sobre sus rieles...

¡Cielos!...

En tanto que el Dr. Sam se cubre la cara, leves gritos de pudor alarmado se escapan de la bañera...

Llegada media hora antes al hotel por el tubo transoceánico, Mrs. Benett se encontraba dentro…

Al día siguiente, 26 de julio de 2889, el director del *Earth Herald* comenzaba denuevo su paseo de veinte kilómetros a través de sus oficinas, y al llegar la noche, cuando su totalizador hubo operado, arrojó como beneficio de aquel día doscientos cincuenta mil dólares; cincuenta mil más que el día anterior.

¡Un bonito oficio, el oficio de periodista a fines del siglo veintinueve!

Gil Braltar

I

Estaban allí reunidos lo menos de setecientos a ochocientos. De mediana estatura; pero robustos, ágiles, cabellos, hechos para los saltos prodigiosos, iban de acá para allá, a los últimos resplandores del sol, que se ocultaba al otro lado de las montañas escalonadas hacia el Oeste de la rada.

El disco rojizo desapareció bien pronto, y la obscuridad comenzó a extenderse en medio de toda aquella cuenca encajonada entre las lejanas sierras de Sonora, de Ronda y del país desolado del Cuervo.

De repente, la tropa se inmovilizó. Su jefe acababa de aparecer, montado en la misma cresta de la montaña, como sobre el torno de un asno flaco.

Desde el puesto de soldados, que estaba como colgado en lo más extremo de la cima de la enorme roca, no se podía ver nada de lo que pasaba bajo los árboles.

–*¡Uiss, uiss!* –silbó el jefe, cuyos labios, recogidos como un culo de pollo, dieron a este silbido una intensidad extraordinaria.

–*¡Uiss, uiss!* –repitió aquella extraña tropa, formando un conjunto completo.

Un ser singular era este jefe de alta estatura, vestido con una piel de mono con el pelo al exterior, la cabeza rodeada de una inculta y espesa cabellera, la faz erizada de una barba corta, los pies descalzos, duros en las plantas como cascos de caballos.

Levantó el brazo derecho, y le extendió hacia la parte inferior de la montaña. En el mismo instante, todos repitieron aquella actitud con una precisión militar, mejor dicho, mecánica, como verdaderos muñecos movidos por el mismo resorte. El jefe bajó su brazo, y todos bajaron el suyo. Se encorvó hacia el suelo, y todos se inclinaron en la misma actitud. Empuñó un sólido palo, que blandió en el aire, y todos blandieron sus bastones, haciendo el mismo molinete; el mismo molinete que los jugadores del palo llaman la "rosacubierta".

Después, el jefe se volvió y se escurrió sobre la hierba, subiendo por entre los árboles.

La tropa la siguió, haciendo los mismos movimientos.

En menos de diez minutos los senderos del monte, descarnados por la lluvia, fueron recorridos, sin que el

choque de una roca ni de un guijarro hubiese detenido aquella masa en marcha.

Un cuarto de hora después, el jefe se detuvo, y todos se detuvieron, como si los hubieran clavado en el sitio. A doscientos metros por bajo, aparecía la ciudad, tendida a lo largo de la sombría rada. Numerosas luces iluminaban el grupo confuso de edificios, de casas de quintas, de cuarteles. Al otro lado, los fanales de los navíos de guerra, los fuegos de los buques de comercio y de los pontones anclados en la rada, reverberaban sobre la superficie de las tranquilas aguas. Más lejos, a la extremidad de la Punta de Europa, el faro proyectaba su hay de rayos luminosos sobre el estrecho.

En aquel momento se oyó un cañonazo; el Birstgun fire, disparado desde una de las baterías rasantes. Entonces, los redobles del tambor, acompañados del agudo chillido del pito, se dejaron oír.

Era la hora de la retreta, la hora da que cada cual entrara en su casa. Ningún extranjero tenía ya derecho para transitar por la ciudad, sin ir escoltado por un oficial de la guarnición a los marineros se les dio orden de volver a bordo entes de que las puertas de la ciudad estuviesen cerradas. De cuarto en cuarto de hora, circulaban patrullas, que conducían al puesto de

vigilancia a los retrasados y a los borrachos. Después, todo quedó en silencio.

El general Mac Kackmale podía dormir a pierna suelta.

No parecía que Inglaterra tuviera que temer por la seguridad de su roca de Gibraltar.

II

Ya se sabe lo que es esta roca formidable, de ochenta y cinco metros de altura, que descansa sobre una base de mil doscientos cuarenta y cinco de ancha, y de cuatro mil trescientos de larga. Tiene alguna semejanza con un inmenso león acotado, con la cabeza del lado de España Y la cola hundiéndose en el mar. Su faz descarnada deja ver los dientes- setecientos cañones que enseñan sus bocas a través de las troneras; la dentadura de la vieja, como la llaman vulgarmente. Pero es una vieja, que mordería con fuerza si se lamolestara.

Inglaterra está situada sólidamente en aquel punto, como lo está en Perin, en Aden, en Malta, en Poulo-Pinang y en Hongkong, en otras tantas rocas, con las

cuales algún día, con los progresos de la mecánica, formará fortalezas giratorias.

Entretanto, Gibraltar asegura al Reino Unido una dominación indiscutible sobre los diez y ocho kilómetros de aquel estrecho, que la maza de Hércules ha abierto entra Ávila y Calpe, en lo más profundo de las aguas mediterráneas.

¿Han renunciado los españoles a reconquistar este trozo de su Península? ¡Si! sin duda; pues parece ser inatacable por tierra y por mar.

Sin embargo, había uno que abrigaba el pensamiento constante de reconquistar aquella roca ofensiva y defensiva. Éste era el late de la banda, un ser raro, y hasta ea puede decir, loco. Éste hidalgo se llamaba precisamente Gil Braltar, hombre que, en su pensamiento sin duda, la predestinaba a una conquista tan patriótica. Su cerebro no habla resistido a la idea,y su plaza hubiera debido estar en un asilo de dementes. Se la conocía perfectamente; sin embargo, desde hacía diez años no se sabía a ciencia cierta lo que había sido de él.

¿Vagaría errante por el mundo? En realidad, él no habla abandonado su territorio patrimonial.... Llevaba una existencia de troglodita, bajo los bosques, en las

cavernas, y más particularmente en el fondo de los inaccesibles reductos de las grutas de San Miguel,que, según se dice, comunican con el mar. Se la creía muerta. Vivía, sin embargo; pero a la manera de los hombres salvajes desprovistos de la razón humana, que no obedecen más quea los instintos de la animalidad.

III

El general Mac Kackmale dormía perfectamente a pierna suelta, sobre sus dos orejas, algo más largas que lo que manda la ordenanza. Con sus brazos desmesurados, sus ojos redondos hundidos bajo sus espesas cejas, su faz rodeada de una barba grisácea, fisonomía gesticuladora, sus gestos de *anthrooppitheco* y el prognatismo extraordinario de su mandíbula, era de una fealdad notable, aun para un general inglés.

Un verdadero mono; excelente militar por otra parte, a pesar de su figura simiesca.

Sí; dormía en su confortable habitación de Main Stréet, aquella sinuosa calle que atraviesa la ciudad, desde la puerta del Mar hasta la puerta de la Alameda. Acaso estaría soñando que Inglaterra se apoderaba

de Egipto, de Turquí, de Holanda, del Afganistán, del Sudán, del país de los Boers, en una palabra, de todos los puntos del globo que le conviniera, y esto en el momento en que corría peligro de perder Gibraltar.

La puerta de la habitación se abrió bruscamente.

–¿Qué hay?– preguntó el general Mac Kackmale, levantándose de un salto.

–Mi general (respondió un ayudante de campo, que acababa de entrar en la habitación como una bomba): la ciudad está Invadida.

–¿Por los españoles, quizá?

–Preciso es creerlo.

–¿Se habrían atrevido?....

El General no acabó de hablar. Se levantó, arrojó el casquete que cubría su cabeza, se metió el pantalón, se envolvió en su levita, se metió en sus bolas, se caló el claque y se preparó con su espada, diciendo:

–¿Qué ruido es ese que oigo?

–El ruido que forman los habitantes de las rocas, que corren como una avalancha por la ciudad.

–¿Son muy numerosos esos pillos?

–Deben serlo.

–¿Sin duda se han reunido todos los bandidos de la costa para dar este golpe de mano, los contrabandistas de Ronda, los pescadores de San Roque, los refugiados que pululan entodas las poblaciones?

– Es de temer, mi General.

– ¿Y el Gobernador está prevenido?

– ¡No! Y es imposible ir a darle aviso a su quinta de la Punta de Europa. Las puertas están ocupadas; las calles llenas de visitantes.

–¿Y en el cuartel de la puerta del Mar?

–¡No hay medio alguno de llegar hasta allí! Los artilleros deben hallarse sitiados en su cuartel.

–¿De cuántos hombres podéis disponer?

–De una veintena, mi General: soldados de línea del tercer regimiento, que han podido escapar.

–¡Por San Dunstán! (exclamó Mac Kackmale.) ¡Gibraltar arrancado a la Inglaterra por esos vendedores de naranjas! ¡ Eso no puede ser, no; no será! En aquel momento la puertade la habitación dio paso a un ser extraño, que saltó sobre los hombros del General.

IV

–¡Rendíos! –exclamó con voz ronca, que tenía más de rugido que de voz humana.

Algunos hombres que hablan acudido detrás del ayudante de campo se disponían alanzarse sobre aquel hombre, cuando, a la claridad de la habitación, le reconocieron.

–¡Gil Braltar! –exclamaron.

Era di, en efecto; el hidalgo, en el cual no se pensaba ya desde hacía largo tiempo; el salvaje de las grutas de San Miguel.

–¡Rendíos! –continuaba gritando.

–¡Jamás! –respondió el general Mac Kackmale.

De repente, en el momento en que los soldados le rodeaban, Gil Braltar hizo resonar un *uiss*... agudo y prolongado.

En seguida, el patio del edificio, el edificio todo, la habitación misma en que se hallaban, todo se llenó de una masa invasora.

¿Lo creerán ustedes? Eran monos; monos, por centenares. Iban a tomar a los ingleses aquella roca de que son verdaderos propietarios, aquella montaña que ocupaban antes los españoles, mucho antes de que Cromwell hubiese soñado su conquista para la Gran Bretaña. ¡Sí, en verdad! Y eran temibles por su número aquellos monos sin cola, con los cuales no se vivía en buena paz sino a condición de tolerar sus merodeos; aquellos seres inteligentes y audaces, que se cuidaban mucho de no molestar, pues sabían vengarse, y esto había sucedido muchas veces, haciendo rodar enormes rocas sobre la ciudad.

Y en aquel momento, aquellos monos se habían convertido en soldados de un loco, tan salvaje como

ellos; de aquel Gil Braltar que todos conocían, que llevaba una vida Independiente; de aquel Guillermo Tell cuadrumanizado, cuya existencia entera se concentraba en esto pensamiento: ¡Arrojar a los extranjeros del territorio español! ¡Qué vergüenza para el Reino Unido, si la tentativa llegaba a tener éxito! ¡Los ingleses, vencedores de los indios, de los abisinios, de los tasmanios, de los australianos, de los hotentotes y de tantos otros, vencidos por los monos!

Si semejante catástrofe sucedía, el general Mac Kackmale no tendría otro remedio que saltarse la tapa de los sesos. ¡No se sobrevive a semejante deshonor! Sin embargo, antes que, los monos, llamados por el silbido de su jefe, hubiesen invadido la habitación, algunos soldados habían conseguido apoderarse de Gil Braltar. El loco, dotado de un vigor extraordinario, resistió, y no costó poco trabajo el reducirlo. Su piel prestada le había sido arrancada en la lucha, y permaneció casi desnudo, en un rincón, amordazado, atado, bien seguro, para que no pudiera ni moverse, ni hacerse oír. Poco tiempo después, MacKackmale se lanzaba fuera de su habitación, resuelto a vencer o morir, según la fórmula militar.

Pero el peligro no era menos grande en o exterior. Sin duda, algunos soldados habían podido reunirse en la puerta del Mar, y marchan hacia la vivienda del

General. Varios tiros se oían en Main-Strett y en la plaza del Comercio. Sin embargo, el número de monos era tal, que la guarnición de Gibraltar corría peligro de verse muy pronto obligada a cederel puesto, y entonces, si los españoles hacían causa común con los monos, los fuertes serían abandonado; las baterías quedarían desiertas, las fortificaciones no contarían más que con un solo defensor, y los ingleses, que habían hecho inaccesible aquella roca, no volverían a poseerla jamás.

De repente se produjo un gran movimiento.

En efecto: a la luz de las Antorcha que iluminaba el patio, se pudo ver a los monos batirse en retirada. A la cabeza del bando marchaba su jefe, blandiendo su palo. Todos le seguían, imitando sus movimientos de brazos y piernas, y el mismo paso.

¿Era que Gil Braltar habla podido desembarazarse de sus ligaduras, y escapar de la habitación donde se le guardaba? No había duda posible. ¿Pero adónde se dirigían entonces? ¿Iban hacia la Punta de Europa, al quinto del Gobernador, para tomarla por asalto, y a intimarle la rendición, conforme habían hecho con el General?

–¡No ¡El loco y su banda descendían por Main Street!

Después de haber franqueado la puerta de la Alameda, tomaron oblicuamente através del parque, y subieron por las pendientes de la montaña.

Una hora después no quedaba en la ciudad al uno sólo de los invasores de Gibraltar.¿Qué había pasado?

Bien pronto se supo, cuando el general Mac Kackmale apareció en el límite del parque.

Había sido él, que, desempeñando el papel del loco, se había envuelto en la piel demono del prisionero. Parecía de tal modo un cuadrúmano aquel bravo guerrero, que los monos mismos se habían engañado. Así fue que no tuvo que hacer otra cosa que presentarse, y todos le siguieron.

Una idea del genio seguramente, que fue muy pronto recompensada con la concesión de la cruz de San Jorge.

En cuanto a Gil Braltar, el Reino Unido la cedió, por dinero, a un Barnum o empresario de espectáculos, que hace su fortuna paseándolo por las principales ciudades del Antiguo ydel Nuevo Mundo. Varias veces el empresario llega hasta decir que no es el salvaje de San Miguel el que exhibe, sino el general Mac Kackmale en persona. Sin embargo, esta aventura

ha sido una lección para el gobierno de su graciosa Majestad. Ha comprendido que, si Gibraltar no podía ser tomada por los hombres, estaba, en cambio, a merced de los monos. Por consiguiente, Inglaterra, que es muy práctica, ha decidido no enviar allí en adelanto sino los más feos de sus generales, a fin de que los monos puedan engañarse con facilidad.

Esta medida los asegura verdaderamente pan siempre la posesión de Gibraltar.

ÍNDICE

“En aquel momento, aquellos monos se habían convertido en soldados de un loco, tan salvaje como ellos...

Colección
Lima Lee

